

**EREBARA, Rudi. *La épica de las estrellas matutinas.*
Ginger Ape Books & Films,
Málaga, 2021.**

Xavier Baró Queralt

El siglo XX ha demostrado de manera reiterativa que los sueños de una parte de la población pueden convertirse en la pesadilla de los que no comparten tales ideales. La Albania socialista de Enver Hoxha (1908-1985) es, sin duda, una buena muestra de ello. Nacido tras la Segunda Guerra Mundial, el régimen enverista fue modificando su política exterior de alianzas con diversas potencias extranjeras (Yugoslavia, Unión Soviética y China). Tras cada ruptura con una u otra potencia internacional se llevaron a cabo las purgas pertinentes, que recibieron la oportuna denominación: titistas (proyugoslavos), jruschovistas (prosoviéticos) o prochinos. El régimen también persiguió con saña al arte y la literatura “desviacionistas” o “revisionistas”. En la década de 1970, en la que se desarrolla la novela de Rudi Erebara, el régimen también persiguió a literatos y artistas. Estamos ante las primeras consecuencias de la particular “revolución cultural” albanesa.

Edmond Gjergo (1939-1989), pintor, cometió el grave “error” de crear *La épica de las estrellas matutinas* (1971), una obra en la que, según el régimen, se percibía una tristeza en absoluto adecuada para exaltar los valores del marxismo-leninismo. El cuadro fue criticado durante una reunión clave de la Liga de Artistas y Escritores de Albania en 1973 por ser una obra que mostraba una perspectiva pesimista y rasgos excesivamente “formalistas”. El 29 de abril de 1975, mediante la sentencia 190, el Tribunal de Tirana lo condenó a ocho años de prisión “por agitación y propaganda contra el poder popular” y por haber pintado una obra “degenerada de influencia burgués-revisionista”. Obtuvo la libertad el 28 de octubre de 1982.

Este acontecimiento es el que sirve a Erebara como punto de partida para su novela, definida por el autor como una obra escrita contra “la inmoralidad de las dictaduras y los dictadores”. Ambientada en 1978, en el día 16 de octubre confluirán tres acontecimientos: el septuagésimo aniversario de Enver Hoxha, el inicio del papado de Juan Pablo II (“no debemos olvidar que, no sin intención, el enemigo, precisamente en este día jubilar para nosotros, eligió un papa de Polonia, un país del campo socialista, aunque sea revisionista”, p. 77) y un diluvio que tiñe de rojo las calles de Tirana, diluyendo las consignas de pancartas y banderolas (“ayer noche la lluvia nos sabotó haciendo desaparecer la pintura, y ello precisamente en el frente ideológico”, p. 40). Había que buscar un culpable y Edmond/Sulejman será la víctima propiciatoria. La novela toma forma de tragedia clásica, ambientada en la claustrofóbica Tirana enverista. El lector sabe que la sentencia está ya firmada (“la culpa la tiene siempre el que se la vaya a comer”, p. 66), y asiste con resignación a un destino que está ya escrito. El régimen creará, de esta manera, que la fortaleza ideológica se mantiene inalterada frente a los múltiples enemigos, ya sean estos

externos (la pintura yugoslava) o internos (el propio Edmond/Sulejman). Por supuesto, lo más intrascendente será la legitimidad del juicio emitido, ya que se presupone de antemano el supuesto complot llevado a cabo por Edmond/Sulejman: “Él aceptará cualquier acusación que decida el partido, es él quien está en el error, no nosotros” (p. 661).

Conviene resaltar la agilidad de la prosa ereberiana, en la que desfilan todos los tópicos del régimen socialista, entre los que destaca el culto al líder. A Enver, secretario del partido en la empresa de decoración del espacio público de Tirana, “no le hacía mucha gracia que le llamaran Enver, le gustaba más que usaran el diminutivo Veri, y más exactamente e incluso mejor que lo llamaran camarada Veri. “Enver” era en su vida un nombre majestuoso, un nombre escrito en letras mayúsculas capitales como montañas, ENVER. Era así como se llamaba el hombre más famoso del mundo” (p. 30). Cabe mencionar también las pugnas ideológicas ya que la novela está situada en el momento en el que se consolida la ruptura entre el régimen albanés y la China de Deng Xiaoping, sucesor de Mao Zedong. Así, es especialmente interesante el fragmento en el que se deciden cambiar las consignas prochinas (¡válidas hasta el día del diluvio!) por alegatos que exaltan el régimen albanés, que se mantiene como único representante del marxismo-leninismo. Así, se decide que: “¡El pueblo chino se puso en pie! ¡Mao Zedong!” se convierta en: “¡Que viva como las montañas Enver Hoxha!” (p. 85). En cualquier caso, los debates ideológicos también (y sobre todo) reflejaban el afán de Hoxha por mantenerse en el poder, llevando a Albania al absoluto aislamiento internacional a partir de 1978.

En suma, debemos congratularnos por la edición española de esta obra, que, gracias a la eficaz traducción de María Rocés González, llega al lector hispanohablante en una cuidada edición de la mano de Ginger Ape Books & Films. La novela ha ganado el European Union Prize for Literature 2017, y consolida el número de títulos de la literatura albanesa actual traducidos a la lengua española, lo cual es especialmente importante, sobre todo en un momento en el que Europa está obligada a debatir sobre cuáles son sus rasgos identitarios. Huir del eurooccidentalismo es siempre señal de buena salud intelectual.

